

CERCANIAS POCO CONOCIDAS DE MADRID

LAS CASAS PINTADAS DE ESCARICHE

1. El camino

VARIOS son los itinerarios que para llegar a Escariche pueden seguirse desde Madrid. Quizás el más cómodo de ellos y no el menos pintoresco, una vez que se sale de la carretera Nacional III, sea el que utiliza la de Madrid a Valencia, es decir recorriéndola durante algo más de cincuenta kilómetros hasta Perales de Tajuña. En este punto nos desviamos a la izquierda hacia Tielmes, Orusco y Ambite, pasado cuyo último pueblo se verá ya la indicación de Escariche. El recorrido, por una carretera de poca calidad, es preferible al de las grandes rutas: se disfruta más del paisaje y molesta menos la densidad del tráfico. No tardaremos en llegar a Escariche más de una hora y cuarto haciendo el viaje —como debe hacerse— con tranquilidad y no teniendo mala suerte en la salida de Madrid. A veces no hay ni manifestaciones ni protestatarios que corten con sus pancartas la carretera.

2. Escariche.

Escariche es un pequeño pueblo, humilde también, de la provincia de Guadalajara, provincia que tantos y tantos lugares interesantes guarda (ahora, incluso, se dice que en uno de ellos nació Cristóbal Colón; claro que Colón nació en todas partes). En un pequeño altozano se levanta la ermita desde la que se domina un bello paisaje. El pueblo carece de palacios y de monumentos y, por ello, tiene

aún más mérito el que, en la actualidad y por el esfuerzo y el arte de unos pocos, se haya convertido en lugar muy digno de ser visitado. Las casas de Escariche son modestas, como propias de labradores y pastores que también son modestos, apegados a su tierra de la que siempre han vivido, apartados y olvidados de los que gobiernan la república. Las calles suben y bajan, son irregulares y, también, encantadoras en su autenticidad recatada. Hasta que la turba automovilística no alcanzó virulencia, Escariche vivía recostado mansamente en su dócil, gozosa y paciente modestia. Y aún sigue así, a pesar de todo.

3. Las casas pintadas.

Uno de los hijos del pueblo, llamado Rufino de Mingo, sintió desde muy pronto la vocación de la pintura y, autodidacta e inquieto, se relacionó con otros a los que también el calor bullía en los ojos y los pinceles en las manos. Rufino remozó su modesta casa natal y, como era hombre viajado, pintó una de sus fachadas con palmeras llamándola «Recuerdo Caribeño». Esta iniciativa, feliz y llena de originalidad, cundió entre los amigos de Rufino de Mingo y los que eran pintores siguieron su ejemplo. Y así Antonio Fernández pintó otra fachada con un mural al que denominó «La vida»; y Geo Ripley, de la

República Dominicana, con otro al que llamó «Chorreas rojas sobre fondo azul»; y Oscar Caballero, que es de Cuba, pintó toda la fachada principal de una casa con el rostro de una dama uno de cuyos ojos es la pequeña ventana del inmueble; y Rafael Rivera Sosa, puertorriqueño, se valió de una gran paloma para sorprender al viandante; y Lucy Yegros, del Paraguay, trasladó a la pared sus pájaros americanos; y Vivian Asapchu, de Venezuela, un capricho al que bautizó «Corre, corre, que viene el toro»; y Lorenzo Olaverri unas brujas que

más bien parecen chicas de un cabaré; y María del Carmen Patier un capricho floral de gran colorido y sugestión; y Gloria Cebrién y Anaida Hernández y el japonés Toshiro Yamaguchi y Diego Romero e Hilda Fuchs, de la Argentina, y Carmelo Sobrino y Rafael Liaño y Antonio Antón y, en fin, todo un ejército de buenos y beneméritos pintores que han transformado a Escariche en un pueblo soñado, en un museo del arte mural al aire libre.

Tan sólo la vocación y el entusiasmo —y el arte, claro— han hecho el milagro.



Antonio Fernández
«La vida»
Escariche (Guadalajara)